

www.elboomeran.com

Philipp Blom

Gente peligrosa

El radicalismo olvidado
de la Ilustración europea

Traducción de Daniel Najmías



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
A Wicked Company
Basic Books
Nueva York, 2010

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: «Une Soirée chez Madame Geoffrin» (detalle), Anicet Charles
Gabriel Lemonnier, 1812. © The Art Archive / Malmaison Musée du
Chateau / Collection Dagli Orti

Primera edición: marzo 2012

© De la traducción, Daniel Najmías, 2012
© Philipp Blom, 2010
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6340-6
Depósito Legal: B. 1606-2012

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

*Al finalizar un seminario que di en Bogotá
en 2007, se me acercó un muchacho de
catorce o quince años que quería saber, allí y en ese momento,
todo sobre Diderot, D'Holbach, Rousseau y los
ilustrados radicales. Entonces no pude darle la
respuesta que buscaba, pero este libro es,
en parte, un intento de responderle ahora.*

*Dedico este libro a él y a todos los jóvenes
de su edad que son lo bastante curiosos para preguntar
quiénes somos y lo bastante valientes para imaginar
quiénes podríamos llegar a ser.*

Padres e hijos

1. LA CIUDAD DE LAS LUCES

París es una metrópolis que ha atraído durante siglos a los brillantes y los ambiciosos. La vida de los protagonistas de esta historia se desarrolla en sus calles, en sus parques, sus cafés, sus salones y alcobas (y, de vez en cuando, en las fincas señoriales de los alrededores o durante un viaje al extranjero, a Inglaterra, a Italia e incluso a Rusia). Pero, por trascendentales que sean, los acontecimientos y las ideas que dieron forma a ese gran momento de la historia del pensamiento occidental tienen un centro inequívoco, una dirección definitiva, una calle y un número: en el centro de la Ciudad de las Luces, el número 10 de la rue des Moulins, a unos pasos del Louvre y de las hermosas columnatas del Jardin Royal. Allí se levanta una elegante casa del siglo XVII en la que vivieron el barón Paul Thiry d'Holbach y su mujer, y que durante un tiempo fue el epicentro de la vida intelectual europea. Algunas de las mentes más fascinantes del mundo occidental pasaron por el salón de D'Holbach para compartir las opíparas cenas y discutir ideas peligrosas lejos de la mirada pública. Es difícil imaginar otro salón que haya visto a tantas personas brillantes y oído tantas y tan vehementes discusiones.

El edificio rezuma callada seguridad y confort sin ser demasiado ampuloso y llamativo. La escalera sigue intacta: escalones de madera y hermosas barandillas de hierro fundido con un decorado de flores doradas conducen a rellanos con suelo de baldosas blancas y negras y al salón del primer piso, una espa-

ciosa sala que da a la calle. Allí recibían los D'Holbach a los invitados y se celebraban las cenas. El salón no es en absoluto ostentoso, pero sí lo bastante amplio para dar cabida a una buena docena de personas alrededor de una gran mesa y dejar espacio para que los criados pasaran por detrás de los comensales. Los suelos de madera son de la época, el techo es alto, y los grandes ventanales inundan de luz la sala confiriéndole un aire refinado y elegante.

«Elegancia» era una consigna en esa parte de la ciudad incluso hace doscientos cincuenta años, cuando la calle adyacente en dirección sur, la rue Saint-Honoré —con sus innumerables sastres, modistos, peluqueros, zapateros, fabricantes de guantes y otros artesanos de la elegancia—, era la meca de todos los que, en el mundo occidental, vivían pendientes de la moda. Los comerciantes de artículos de lujo habían llegado atraídos por el Louvre, enorme, imponente, nunca terminado, el palacio real sito en el corazón de la capital, directamente a orillas del Sena. Además, los cortesanos tenían que estar presentables y lucir siempre nuevos trajes, marcando así el tono para el resto del país y para toda Europa. Sin embargo, el palacio llevaba prácticamente vacío desde el principio del reinado de Luis XIV (1661), cuando el joven Rey Sol, que sospechaba de la vida subversiva clandestina de la ciudad, decidió trasladar la corte a Versalles, un proyecto monstruoso en tierra pantanosa, cuyas canalización y transformación en el parque más espectacular del mundo costaron la vida a cientos de trabajadores, requirieron una cantidad inimaginable de millones y terminaron arruinando al reino. La corte abandonaba el Louvre la mayor parte del año: en las salas de ceremonias vacías sólo resonaban ya los pasos de algún que otro criado; muebles exquisitamente tallados se cubrían con sábanas; los tejidos delicados (hechos a menudo con prendas de seda de la temporada anterior) se ocultaban a la vista; los candelabros tintineaban suavemente movidos por la brisa cuando se ventilaban las habitaciones y se limpiaba el palacio. Sólo había vida en los incontables talleres de los comerciantes y artesanos ubicados en la planta baja y en los patios.

No obstante, en la rue Saint-Honoré el comercio no dormía, pues en materia de moda sencillamente no se iba a otro lugar. No obstante, D'Holbach no eligió esa zona de París por sus connotaciones elegantes o regias; al barón no le interesaba mucho su aspecto personal, y era republicano por instinto. La casa tenía otras ventajas: estaba situada justo en el medio de todo y, sin embargo, en una tranquila calle lateral muy cerca de todos los servicios, pues esa parte de París no sólo era el centro de la moda, sino también de la vida intelectual. Varios amigos acaudalados y otros anfitriones de salones vivían a la vuelta de la esquina, y había librerías y marchantes. El universo cerrado del frondoso y cercano Jardin Royal (deliciosamente descrito en la novela *El sobrino de Rameau*, de Diderot) tentaba con sus cafés y sus mesas de ajedrez, y también con juegos de azar y placeres carnales en la forma de prostitutas maquilladas con mal gusto y luciendo vestidos cortos, que se ofrecían a los caballeros que paseaban con sus pelucas empolvadas... Un auténtico teatro de las vanidades que el barón, que, a decir de todos, era un marido modelo, se contentaba con observar a distancia.

A menos de dos kilómetros hacia el este, después de la elegante y redonda Place des Victoires, dominada por una estatua de Luis XIV, el mundo se volvía aún más carnal. Allí París palpataba con sus incontables porteadores, tenderos, carniceros, floristas, pescaderos, vendedores de especias y de salchichas, cuyos pregones y gritos de advertencia se oían de la mañana a la noche; allí, apestando durante los meses de verano, los mercados de Les Halles eran el estómago de París, la fuente de los ingredientes de las famosas cenas que el barón daba dos veces por semana.

El otro punto de referencia del barrio, la soberbia Place Vendôme, originalmente un plan de especulación urbanística que casi había arruinado a los inversores y durante años había parecido un inmenso escenario formado por una serie de fachadas vacías, era uno de los sitios más cotizados de la capital, un lugar que olía a dinero como Les Halles olía a arenque en escabeche un día de agosto. Ostentosa hasta el punto de rozar la vulgaridad, a la plaza podía llegarse a pie desde la casa del barón en pocos minutos;

sin embargo, era un universo diferente. Las estrellas del salón intelectual de D'Holbach no eran financieros, sino escritores, científicos y filósofos.

Varios grandes salones competían por la atención y la presencia de los filósofos de moda más brillantes de la ciudad. Cada una de esas casas tenía su carácter distintivo y su orientación, tanto artística como política. Justo a la vuelta de la esquina, en la rue Sainte-Anne, Claude-Adrien Helvétius, amigo del barón, recibía regularmente a filósofos y escritores progresistas, pero aun cuando D'Holbach y Helvétius fuesen famosos por su hospitalidad, constituían una excepción en un paisaje de salones dominado por damas distinguidas. De hecho, tener un salón era la única manera de que una mujer dejara su impronta en un mundo literario aún abrumadoramente masculino. En la rue Saint-Honoré, a apenas unos minutos a pie de la casa de D'Holbach, Claudine Guérin de Tencin, novelista sexualmente voraz, había dado la bienvenida en su salón –y a menudo también en su cama– a algunos de los hombres más poderosos y más agudos de la nación. «Podemos ver que Dios es hombre por la manera en que nos trata a nosotras, las mujeres», se quejaba Madame De Tencin, pero ni siquiera esa negligencia divina la hizo desistir del propósito de disfrutar plenamente de la vida. En 1717 dio a luz a un hijo ilegítimo, al que no tardó nada en abandonar en la escalinata de la iglesia de Jean-le-Rond. Ese niño creció hasta convertirse en Jean d'Alembert, uno de los matemáticos más eminentes del siglo y coeditor, junto con Diderot, de la gran *Encyclopédie*.

Tras la muerte de Madame De Tencin en 1749, Marie-Thérèse de Geoffrin (1699-1777), según dicen la más grande *salonnière* de todos los tiempos, recibía en la rue Saint-Honoré. Nadie podía soñar con hacer una carrera literaria sin su aprobación, y una invitación a leer un manuscrito en su casa no sólo era signo de reconocimiento, sino, prácticamente, una garantía de éxito. Antes de exiliarse, Voltaire había sido un invitado habitual en su salón, en el que se daban cita ministros, científicos, poetas y otros hombres de ingenio; allí podían hablar con una libertad

imposible de imaginar en la corte o en público. En la rue Saint-Honoré se conocían personas, se forjaban alianzas, se decidían destinos literarios. Entre los muchos cuyo camino hacia la gloria pasó por este salón estuvo el joven Diderot, quien conoció allí a varios escritores que más tarde colaboraron en la *Encyclopédie*.

Como indica el ejemplo de Madame Geoffrin, los salones desempeñaban una importante función social en el París del siglo XVIII. Los contactos habituales eran, y siguen siendo, un rasgo importante de los círculos literarios, rebosantes de jóvenes esperanzados, recién llegados a la ciudad y ansiosos por darse a conocer, y de nombres ya conocidos que quieren brillar y disfrutar de su reputación en aumento. Pero los salones eran algo más que un vehículo para la vanidad. En un entorno intelectual controlado por unas severas leyes de censura, no era fácil encontrar sitios que permitieran el libre intercambio de ideas. En la Francia del siglo XVIII no se podía publicar legalmente un solo libro sin un privilegio real que indicaba que había pasado por las manos de los censores de la Iglesia y que éstos lo habían aprobado. Las penas por infringir esas leyes eran severas, y se aplicaban estrictamente a discreción de las autoridades, como el censor jefe y el poderoso *Parlement* de París, aunque también se sabía que algunos cortesanos influyentes usaban su posición para censurar libros y atacar a los autores. Los castigos iban desde una simbólica rotura y quema del libro, tarea asignada al verdugo de París, hasta unas cuantas semanas en la Bastilla o una agotadora temporada en las galeras de la armada francesa (casi una sentencia de muerte), pasando por la tortura y ejecución públicas.

Las ideas, para que florezcan, dependen de la sociabilidad y los intercambios, pero los lugares públicos, los parques, los muchos cafés y tabernas de la ciudad eran demasiado inseguros para reunirse. La persona de la mesa de al lado podía ser un confidente de la policía, y la más mínima acusación bastaba para arruinar una carrera u obligar al acusado a exiliarse. Hasta el gran Voltaire descubrió que su inmensa fortuna no le servía

para protegerse de la persecución; en 1728, tras una salida irrepetuosa de más, lo obligaron a abandonar París, y finalmente Francia. El filósofo se retiró a una bonita casa de campo en Ferney, cerca de Ginebra y de la frontera francesa.

Las *salonières* tenían una función muy específica y estrictamente delimitada. Jean-François Marmontel alabó la «gracilidad de su espíritu, la movilidad de su imaginación, la soltura y flexibilidad natural de sus ideas y de su lenguaje», y describió su conversación como un entrenamiento necesario para los escritores. «El que quiera escribir sólo con precisión, energía y vigor debe vivir únicamente con hombres; pero el que aspire a un estilo ágil, suelto, y a ese cierto *je ne sais quoi* que se llama encanto, creo que haría bien en vivir con mujeres.»¹

No obstante, a nadie se le ocurría pensar que las mujeres mismas apareciesen como autoras o filósofas. La flexibilidad y la delicadeza naturales de las que sus contemporáneos masculinos las creían dotadas, las convertían en mediadoras inspiradas, pero poco más que eso. Si las limitaciones de su papel fueron, sin duda, intensamente frustrantes para muchas de esas mujeres, hacer de anfitrionas era la única manera disponible de participar en la sociedad literaria, y les permitía influir en la vida intelectual promoviendo a algunos autores y artistas más que a otros.

Cada salón tenía su propio temperamento, su propio elenco y su propia orientación filosófica e incluso política, pero todos compartían la inestimable función de ofrecer a los visitantes la oportunidad de hablar, de escuchar, de leer sus obras ante un público entendido y crítico, de forjar alianzas, de encontrar un mecenas poderoso y, sencillamente, de escapar de la pesadez y el aburrimiento de las horas de trabajo. Los que tenían la suerte de ser recibidos en todas las grandes casas organizaban los días de la semana en función de los salones: Madame Geoffrin recibía los lunes; después venía, los martes, la casa del filósofo Helvétius; el miércoles Madame Geoffrin volvía a abrir sus puertas; luego, los jueves, D'Holbach, y, por último, el salón de Madame Necker. Los sábados había, por así decir, salones de segunda categoría, pero los domingos varias grandes casas abrían

sus puertas de par en par, incluida, por supuesto, la del barón d'Holbach.

El mundo deslumbrante de los salones sólo era un sueño lejano para el adolescente Denis Diderot cuando pisó París por primera vez en 1728, con quince años, un devoto muchacho de provincias admitido en uno de los grandes colegios de la capital. Se preparaba para ser sacerdote. El padre, maestro cuchillero, lo acompañó para vigilar sus primeros días en la ciudad, un espectáculo fastuoso muy lejos del tranquilo entorno de su hogar.

Diderot fue bautizado el 6 de octubre de 1713 en la pequeña ciudad de Langres, en el norte de la región de Champagne. Once meses antes su madre había dado a luz a otro niño, que falleció a los pocos días de nacer. Tenía treinta y cuatro años cuando se casó, una edad muy avanzada para la época. El matrimonio tuvo tres hijos más, que sobrevivieron, y cuya vida es un ejemplo de la religiosidad de la familia. Didier, el segundo hijo, fue un cura bastante severo, en eterna discrepancia con su conocido hermano ateo; Angélique, la hermana mayor, fue monja ursulina contra los deseos de la familia y, según parece, murió en el convento por exceso de trabajo a la edad de veintiocho años. Sólo Denise, la hermana menor, fue, durante toda la vida, amiga y confidente de nuestro Diderot.

Los Diderot eran una familia próspera. El taller del padre ocupaba la planta baja de una hermosa casa, y ellos vivían en los pisos superiores, que daban a la plaza de la catedral de la orgullosa Langres. Al primogénito lo bautizaron Denis por el misiонеро canonizado decapitado en París hacia el año 250 (aunque, sin saberlo, por Dioniso, el dios griego del vino y del éxtasis). El pequeño Denis no tardó mucho en convertirse en un niño brillante y afable, agudo y sociable. El padre decidió que, siguiendo la tradición familiar, fuese cura, por lo cual lo envió a la escuela pública local, donde el alumno destacó no sólo en las asignaturas básicas, sino también en latín.

Pero Denis no era un ratón de biblioteca. Cuando tenía unos diez años participó con entusiasmo en una guerra prolongada y, en ocasiones, sangrienta entre dos bandas rivales, durante la cual dos ejércitos de hasta cien niños cada uno se enfrentaban con palos y piedras. Un recuerdo de la infancia (descrito, como suele ser el caso en Diderot, en forma de diálogo, y esta vez dirigido a un niño de una familia más pudiente) pinta un retrato sin duda tendencioso, pero sumamente revelador, del joven guerrero, así como del hombre que llegaría a ser. En la madurez, el autor se recuerda a sí mismo como un espartano, temible y orgulloso, y superior, en su simplicidad, a los afeminados modales atenienses de su rival: «Retrocedes al ver el pelo alborotado y las ropas hechas jirones. Sin embargo, así era yo cuando era joven, y gustaba –gustaba incluso a las mujeres y las niñas de mi ciudad natal de provincias–. Me preferían a mí, sin sombrero y con el pecho descubierto, a veces sin zapatos, vestido con chaqueta y los pies descalzos, hijo de un obrero de la forja, antes que a ese señor bajito bien vestido y con el pelo todo rizado, empolvado y de punta en blanco, hijo del juez presidente.»² Un retrato del artista adolescente, y también como escritor: su espíritu rebelde, su divertida vanidad y su estilización –exasperante a veces– como hombre del pueblo. Ni siquiera de adulto llevó Diderot peluca, y los retratos nos muestran a un hombre maduro con el pelo corto y ropa sencilla, un trabajador honrado como su padre, y no a un gerifalte vestido a la última moda.

En los primeros años de la adolescencia, Denis prefirió la rama más intelectual de la Iglesia. El joven quería ser jesuita, pero el padre no quería ni oír hablar de ello, sobre todo porque el tío de Denis ya había dado a entender que el puesto de canónigo de la catedral de Langres estaría abierto para Denis una vez completara su formación. Era mucho mejor tener una decente sinecura en el pueblo que entrar en una orden que podía enviarlo a cualquier parte y obligarlo a llevar una vida plagada de incertidumbres.

Cuando quedó claro que los maestros de Langres tenían poco que enseñarle al joven Denis, los padres decidieron inver-

tir en su futuro y enviarlo a París, donde podría estudiar en uno de los grandes colegios, seguro primer paso de una carrera en la jerarquía eclesiástica. En 1728, Denis y su padre subieron a un coche pesado y lento que llevaría al adolescente hacia un futuro incierto, pero emocionante, en la capital. Antes de ponerse en marcha, Denis, con quince años e intelectualmente inquieto, ingresó en la Iglesia. Después de que el obispo lo tonsurase, había que dirigirse a él no por su nombre de pila, sino llamándolo *abbé* Diderot.

Más o menos por las mismas fechas en que el *abbé* viajaba hacia la capital, D'Holbach, mucho más joven, también llegó a París. Había nacido en 1723 en la pequeña ciudad de Edesheim, en el Palatinado alemán; su padre era un acomodado viticultor. El joven Dietrich pasó sus primeros años en una hermosa casa solariega, entre viñedos y casas de madera. Podría haber sido viticultor, pero un tío al que acababan de conceder un título de nobleza, el barón Franz Adam d'Holbach, cambió su futuro. El tío había emigrado y había hecho fortuna en París, e incluso había comprado el título de barón a la corte imperial de Viena. En 1728, decidió adoptar a su inquieto sobrino, llevarlo a la más grande de todas las ciudades y darle la mejor educación que el dinero podía comprar. Rebautizado Thiry d'Holbach, el niño resultó un lector voraz, fascinado por las ciencias, los experimentos y el mundo natural. Es poco lo que sabemos acerca de sus primeros años. D'Holbach no parece haber estado nunca lo bastante interesado en sí mismo como para explayarse sobre su infancia, y el hecho de que se formase con profesores particulares hace que no contemos con documentos sobre él en los archivos escolares.

Diez años separaban a Diderot de D'Holbach, todo un abismo durante esos primeros años en la capital. Y otras cosas también los diferenciaban. Thiry vivía en una mansión con criados y se formaba allí, ayudado por preceptores. Denis, a punto ya de superar la adolescencia, debió de vivir en una buhardilla o

en una habitación alquilada de aire monacal, recibiendo de la familia sólo una magra asignación —demasiado escasa, en cualquier caso, para vivir cómodamente—. La mayor parte del tiempo que no le ocupaban las clases la dedicaba al estudio intensivo de la literatura: autores latinos y algunos griegos, una lengua que nunca llegó a leer con la misma facilidad que el latín. Asistía a una escuela eclesiástica, muy probablemente el famoso colegio jesuita Louis-le-Grand, donde habían estudiado personajes como Molière, Cyrano de Bergerac y Voltaire.

Y no sabemos casi nada de lo que pensaba el joven Diderot, aparte de que ya había aprendido a disfrutar de los autores de la Antigüedad grecorromana, mucho más libre en sus ideas que los autores europeos posteriores, y que le gustaba hacerles jugarretas a sus profesores expresando pensamientos indignantes y luego demostrando, inocentemente, que sólo se había limitado a citar a tal o cual gran escritor romano. Pero si, como base, ésta parece débil, es posible inferir cosas acerca de su mundo intelectual echando un vistazo a lo que ocurría en Francia en las décadas de 1720 y 1730, así como a la cultura y a las preocupaciones de la época.

Diderot estudió en el Collège Louis-le-Grand, llamado así, por supuesto, por Luis XIV, fallecido en 1715, dos años después del nacimiento del futuro filósofo. En el momento de esplendor de su reinado, que duró cincuenta y cuatro años, el glorioso Rey Sol había creado una cultura cortesana que era la envidia del mundo entero; pero al final el tiempo se volvió en su contra, y en la vejez el rey llegó a sentir celos de su propia grandeza anterior. Dos guerras inmensamente costosas (una, en la frontera nororiental, con los Países Bajos, de 1772 a 1778; la otra, la guerra de Sucesión española, de 1701 a 1714, librada prácticamente en todas partes menos en España) habían llevado al Estado a la bancarrota. El antaño estilo espléndido de la corte parecía rígido y anticuado a la nueva generación de artistas. Incluso Versalles, situado a unos cuantos kilómetros de la

capital, y todavía una ruinoso obra en construcción tras muchísimos años, había perdido gran parte de su brillo y atractivo en un clima cultural e intelectual que avanzaba poco a poco de la celebración de los monarcas absolutos hacia un modelo de gobierno más ilustrado y una cultura más urbana.

El ballet real fue un buen ejemplo de las transformaciones que estaban teniendo lugar. Bailarín consumado en su juventud, el propio Luis había protagonizado muchas producciones de la corte, escritas para él por su compositor, el brillante e indomable Jean-Baptiste Lully. En consonancia con el gusto del rey, la mayor parte de las obras (excepto los interludios de danza para las comedias de Molière) tenían como personajes a dioses clásicos y héroes míticos, coros que entonaban efusivos elogios a la monarquía absoluta y una música espectacular para apoyar los efectos escénicos, como batallas navales con maquetas de buques de guerra o mares en movimiento y dioses que parecían flotar en el aire. Todo muy espléndido, muy formal y muy festivo, como el enorme parque que se extendía detrás del palacio. Sin embargo, cuando en 1685 Lully cayó en desgracia a causa de sus aventuras homosexuales, demasiado flagrantes incluso para Versailles (el hermano del rey era transformista), nadie continuó esa tradición. Lully murió dos años después a consecuencia de una infección muy rebelde que se produjo tras pincharse sin querer el pie con la batuta. La moda estaba cambiando. Los compositores más jóvenes, como Jean-Philippe Rameau y Marin Marais, buscaban un estilo más emocional, más interior, y a menudo elegían la música de cámara, reflejo de un deseo más intenso de que la música se interpretara en casa, donde podía oírse la burguesía emergente.

Cuando el rey murió en 1715, Felipe, duque de Orléans, hijo del hermano transformista del rey y de la princesa alemana Liselotte, una mujer increíblemente cándida, pasó a ser regente de Francia y no tardó nada en trasladar nuevamente la corte a París. Felipe era un ateo confeso que había hecho encuadernar dentro de su Biblia las obras del escandaloso François Rabelais para poder leerlas secretamente durante la misa. Hombre culto

y progresista, intentó hacer avanzar el empobrecido país hacia una monarquía moderna y constitucional confiando cierto poder a los *parlements* locales, pero su estilo liberal (por no hablar de su vida privada, decididamente liberal) consiguió poco más que confundir a un país habituado a una forma de gobierno rígida y absolutista. En medio de las peleas de varios partidos políticos rivales, el país llegó efectivamente a un punto muerto. En retrospectiva, podría decirse que al desafortunado Felipe le habría ido mejor si hubiera sido un dictador benévolo.

Al menos en un ámbito, el regente liberal tuvo cierto éxito. Con un gran suspiro de alivio, la metrópolis redescubrió su vida literaria e intelectual. Felipe había aflojado la censura y alentado el trabajo intelectual, y hubo un hombre en particular que hizo suyo ese nuevo tono, más libre y moderno: François-Marie Arouet. Nacido en 1694, era un joven y acaudalado hombre de la ciudad, y no tardó en atraer la atención, y en meterse en líos, gracias a su pluma mordaz y sus poemas satíricos acerca de algunos de los grandes gerifaltes de Francia, aristócratas que no apreciaban nada una falta de respeto tan poco habitual. Destruido de París en 1716 tras burlarse de la supuesta relación incestuosa de Felipe con su hija, más tarde se le permitió volver, pero publicó una segunda sátira sobre el duque, que para entonces ya había tenido más que suficiente. En 1717 el regente mandó encarcelar en la Bastilla al impertinente escritorzuelo, y fue entre rejas donde el joven empezó a escribir piezas teatrales. Liberado tras casi un año de prisión, después de la representación de la tragedia *Edipo* Arouet ya era famoso. El futuro Voltaire frecuentaba los salones más aristocráticos, y podría haber conseguido fácilmente una situación estable si su espíritu burlesco no se lo hubiera impedido.

Tras salir de prisión, el dramaturgo, novel ya convertido en una estrella, comenzó a llamarse a sí mismo «Voltaire» (anagrama de Arouet Le Jeune, con la *u*, la *v*, la *j* y la *i* intercambiables, como en latín). Un aristócrata ya mayor y sin hijos le cuestionó el haber cambiado de nombre, y el mayor ingenio de la ciudad no pudo resistirse a esta pulla: «*Je commence mon*

nom, monsieur, vous terminez le vôtre («Yo soy el primero con mi nombre, señor; usted es el último con el suyo»), tras lo cual el noble mandó a sus criados que lo apalearan y lo hizo encerrar en la Bastilla por segunda vez. Esta vez la condición para dejarlo en libertad fue que abandonase el país, y Voltaire lo hizo. Como lugar de exilio escogió Londres, la capital de la razón pragmática y la libre empresa. Allí se zambulló, entre otras cosas, en los escritos de Newton y de Locke.

En 1728 Voltaire ya estaba otra vez en Francia, pero desterrado de París a perpetuidad. No obstante, llegó a ser el portavoz de las tendencias más progresistas. Cuando, en 1730, murió la gran actriz Adrienne Lecouvreur, le negaron un entierro cristiano a causa de su vida, decididamente impía, y hubo que enterrarla en las marismas de las afueras de París (hoy el Campo de Marte). Voltaire escribió un amargo poema sobre el asunto, en el que se preguntaba —o, más bien, preguntaba a Dios— por qué su país ya no era la patria del talento y de la gloria, sino de la intolerancia. El talentoso escritor urbano estaba convirtiéndose en un crítico importante y mordaz de la influencia de la religión en la política y de la crueldad ejercida en nombre del cristianismo.

Así y todo, no puede afirmarse que Voltaire fuese un revolucionario nato. Simplemente quería que la gente fuese sensata, no que derribara el orden existente. Limitó su crítica de la religión a exponer la superstición y la estrechez de miras, y con los años sus pullas contra los poderosos se hicieron mucho más moderadas. No cabe duda de que esa reticencia se debió, en parte, a su posición económica y profesional. Voltaire ya era un hombre muy rico cuando, en 1728, se dio cuenta de que el primer premio de la lotería nacional superaba con creces la suma del precio de todos los boletos combinados. Así fue como formó, junto con algunos amigos, una «peña» que compró todos los boletos; luego compartió la enorme cantidad ganada y pudo vivir cómodamente toda la vida. Asimismo, multiplicó su fortuna prestando importantes sumas a príncipes europeos, que usaban ese dinero para financiar su gobierno au-

toocrático. Banquero de varios monarcas absolutos, Voltaire no estaba en condiciones de atacar la religión ni el absolutismo, es decir, las bases de la autoridad de sus clientes.

Voltaire y otros autores ilustrados, como el maravillosamente urbano Charles de Montesquieu, representaron un lado del nuevo florecimiento de la vida intelectual durante la regencia de Felipe, pero esa corriente de la Ilustración se limitaba a los estratos culturales más elevados, a los pocos que se interesaban activamente por los debates. Otra corriente, más popular, de la vida intelectual, se encontraba dentro del marco de la Iglesia. Luis XIV había dejado a su país una herencia envenenada. Cada vez más preocupado por su alma inmortal y la posibilidad de la condenación eterna, el antes insaciable *bon vivant* y seductor en serie ya era un hombre piadoso en la década de 1680. Había intentado agradar al Señor prohibiendo los entretenimientos frívolos que a él tanto le habían gustado en la juventud, casándose con su principal amante, Madame De Maintenon, y persiguiendo a los protestantes, la minoría religiosa más numerosa del país. A tal fin revocó el Edicto de Nantes, que había concedido a los protestantes franceses libertad de conciencia y tolerancia religiosa. Esta cruel política provocó el éxodo de unos cuatrocientos mil hombres, mujeres y niños, muchos de ellos trabajadores altamente cualificados –tejedores de seda, técnicos, comerciantes y mercaderes– en gran detrimento de Francia, pero en beneficio de destinos más importantes, como los Países Bajos, Gran Bretaña y Prusia.

En este proceso, Francia terminó siendo un país menos liberal y más restrictivo. Detrás del trono, el poder estaba en manos de la Iglesia, y su dirección dependía de cuál de las dos facciones dominantes del catolicismo pudiese asegurar los puestos más importantes. Internamente, la Iglesia estaba dividida entre dos partidos rivales, uno animado por la Contrarreforma, encabezado por los jesuitas e influyente en la corte, y el otro, los jansenistas, más dependiente de los valores de la burguesía urbana. El jansenismo encontró su inspiración teológica en un clérigo holandés, Cornelis Jansen (1585-1638), y defendía una

posición que compartía aspectos claves con el pensamiento protestante. En lugar de poner el acento en la autoridad del papa y en el papel del sacerdote y de los santos sacramentos para la salvación del alma, el pensamiento jansenista hacía hincapié en la idea de la depravación humana y la dependencia de la gracia divina, sin la cual, según Jansen, no había redención posible, ni siquiera mediante el arrepentimiento y las buenas obras. De hecho, los que ya estaban condenados por la Providencia divina no podían redimirse por la piedad, mientras que aquellos que vivían en la gracia divina no necesitaban un papa que les dijera lo que tenían que hacer. El jansenismo dejaba a la Iglesia sin el control y el poder, y convertía la conciencia individual en la autoridad suprema.

Si bien estas cuestiones teológicas pueden parecer crípticas, las luchas políticas y muy terrenales que de ellas resultaban eran demasiado reales, en especial si tenemos en cuenta que los jansenistas controlaban el *Parlement* de París, un antiguo órgano administrativo que era parte tribunal supremo y parte asamblea legislativa, un cóctel de competencias que lo hacía chocar con la reivindicación real al poder absoluto. En ese contexto también es significativo que, según algunas fuentes, el joven *abbé* Diderot cambiara de colegio a mitad de sus estudios y del jesuita Louis-le-Grand pasara al jansenista Harcourt, lo cual indica que sus simpatías y convicciones ya habrían comenzado a cambiar, dejando a un lado las sutilezas escolásticas del pensamiento jesuítico para decantarse por un enfoque más basado en la ética.

Cambiase o no de colegio, las ideas religiosas de Diderot acusaron sin duda el efecto de otro fenómeno, a saber, un frenesí religioso popular que no tardó en convertirse en una seria amenaza al orden público. Con centro en el cementerio de la parroquia de Saint-Médard, a menos de dos kilómetros de los colegios, el clamor alcanzó su apogeo durante los años de estudio de Diderot. Junto a la tumba de François de Pâris, un cura párroco fallecido en 1727 y que había llevado una vida caracterizada por la caridad y los actos píos, había florecido un culto silencioso. Los relatos de curaciones misteriosas que se habían

producido junto a su tumba circulaban desde hacía ya algunos años, pero en 1731 las historias sobre hechos milagrosos parecieron proliferar, a menudo apoyadas con declaraciones juradas. A los grupos de personas esperanzadas y las serenas oraciones junto a la tumba de François les siguió un espectáculo asombroso, convulsiones de gente en trance coronadas con tal o cual curación, y pronto el cementerio atrajo a espectadores que gustaban de los milagros no por razones espirituales, sino como mero entretenimiento. Cada vez eran más numerosas las multitudes que acudían a visitar la tumba de François, y pronto empezaron a abrirse camino a codazos en las calles de los alrededores para conseguir un lugar, cerca de la tumba, desde el cual presenciar cómo los extasiados fieles –en particular, las jóvenes atractivas– eran presa de convulsiones misteriosas y extáticas antes de levantarse aparentemente curados de todos sus males. La policía observaba los acontecimientos cada vez con mayor suspicacia. «Lo más escandaloso de todo», escribió un informante de la policía, «es ver a esas bonitas jóvenes en brazos de hombres que, mientras las sujetan, podrían ser víctimas de ciertas pasiones, porque [las muchachas se exponen durante] dos o tres horas con el cuello y los pechos al aire, las faldas bajadas y agitando los brazos.»³

No obstante, el verdadero escándalo no estaba en la supuesta inmoralidad de las curaciones milagrosas y a menudo de mal gusto, sino en su atractivo popular. El difunto sacerdote junto a cuya tumba se producían los supuestos milagros había sido un jansenista y, por lo tanto, había creído que los milagros eran una de las maneras que Dios elegía para señalar su gracia a los fieles indecisos, que buscaban esos milagros con entusiasmo. Presas del éxtasis religioso, algunas de las mujeres más fervientes se habrían castigado con palos o se habrían literalmente clavado a una cruz de madera para demostrar que su devoción no tenía límite. Que un santuario jansenista se convirtiese en lugar de peregrinación popular, o incluso la posibilidad de que se canonizara a un jansenista, eran ideas que representaban una amenaza de división muy real y, en potencia, políticamente conflic-

tivas para el poder de Roma y del rey. Sólo dieciocho años antes, en 1709, el partido real había castigado a sus adversarios de la capital obligándolos a cerrar el convento de Port-Royal, centro intelectual del pensamiento jansenista. No iba a tolerar ahora a un santo que obraba milagros y que pertenecía al otro bando. El 27 de enero de 1732 una orden real mandó cerrar el cementerio, con lo cual se puso punto final a las curaciones milagrosas y a las multitudes que acudían a la tumba del difunto François de Pâris.

El curioso y joven estudiante Denis Diderot fue testigo de esos encuentros orgiásticos celebrados en nombre de la religión; el espectáculo lo sublevó, y más tarde lo describió calificándolo de histeria. Pero, si bien los sangrientos y supersticiosos excesos de esos cultos repugnaron al joven, su propia paz espiritual se vio alterada por su personal desorden sensual, que sometió a una dura prueba el deseo de pasar la vida contemplando las verdades divinas. La Ciudad de las Luces se entrometía con sus tentaciones mundanas, tanto intelectuales como sensuales, demasiado sensuales para una mente joven centrada en los mandamientos divinos. Consciente de ello, el joven *abbé* decidió luchar contra todo lo que agitaba su cuerpo rebelde empleando el arsenal que la fe ponía a su disposición: oraciones, cilicios, ayuno, y dormir sobre un jergón de paja para tener a raya a las fuerzas del mal. Más tarde, Diderot interpretó ese fervor con la distanciada ironía de un psicólogo, y escribió que en un momento u otro de la vida casi todos los niños caen en la melancolía, buscan la soledad y se sienten atraídos por la calma de un entorno religioso: «Confunden las primeras manifestaciones de una sexualidad en desarrollo con la voz de Dios que los llama; y precisamente cuando la naturaleza los incita abrazan una forma de vida contraria al deseo de la naturaleza.»⁴

Pese a los mejores esfuerzos iniciales del muchacho, el deseo de la naturaleza prevaleció, y Diderot, que incluso hacia el final de su vida confesaría que la pompa y la circunstancia de una procesión le hacían saltar las lágrimas, se sintió irresistiblemente atraído por otra clase de ritual espectacular: el teatro. Al hom-

bre maduro le parecería luego que no sólo la imaginación se le había encendido durante esas representaciones: «La gente acudía con ardor, y se marchaba en estado de embriaguez, algunos a visitar a las muchachas, otros a mezclarse en la sociedad.»⁵

Como un nuevo evangelio, la voz de la literatura resonaba en la mente del joven Denis, y en sus ecos se mezclaban el sentido común y la sensibilidad. En largas caminatas solitarias, leía y recitaba sus obras favoritas una y otra vez, lloraba en las escenas tristes y declamaba los grandes monólogos. Desde las butacas más baratas o en lo más alto del gallinero, asistía a la representación de sus piezas favoritas tapándose los oídos y recitando el texto en voz baja, para sí mismo: sólo se permitía oír la voz de los actores cuando los gestos y los movimientos de los labios no coincidían con los diálogos que él había memorizado.

Esa fascinación juvenil no tardó en convertirse en algo más parecido a una vocación: «¿Qué es lo que busco? ¿El aplauso? Tal vez. ¿Codearme con las mujeres del teatro, que me parecen infinitamente encantadoras y que, según me han dicho, son ligeras de cascos? Sin duda.»⁶ Ninguna profesión le parecía más maravillosa que la de dramaturgo, y en poco tiempo se enamoró perdidamente de las actrices más hermosas, y también de las palabras que decían, de los sentimientos que encarnaban y de las ideas que llevaban al escenario. El mundo de Voltaire comenzaba a influir con fuerza en el devoto muchacho de provincias.